

Un treball d'investigació: Benjamí Barberà

ROCHER



Tots els lectors de Tossal Gros coneixen el treball d'investigació que ha fet Benjamí Barberà referent a la molinaria de la conca del riu de les Coves. A més d'això, ha elaborat un diccionari de termes que fan referència al tema i també una exhaustiva recerca de l'orige de les moles. Tot açò, ha quedat plasmat en un llibre que, a hores d'ara, estarà a punt d'eixir a la venda per a tots els covarxins i interessats. Amb la seua acurada prosa literària, Benjamí ens transporta en el temps de manera que el molí hidràulic i el seu funcionament se'ns fa familiar i inclús estimable. Si aquesta iniciativa de l'autor ens sembla encertada, no tenim més que recolzar-la amb la seua lectura.

REFERENTE AL PAN

El olor del pan

VÍCTOR B.

Una de las cosas que hemos perdido en las grandes ciudades -dispersas, ruidosas y llenas de automóviles- es el encanto de los viejos olores. Cuando de niños íbamos al colegio al filo de las ocho de la mañana, los dependientes de las tiendas de ultramarinos -unos chiquillos como nosotros- daban vueltas en plena calle a la manivela del tostador de café. El aroma nos seguía o se nos anticipaba, de esquina en esquina, mezclándose con el olor de los despachos de PAN, de donde salían ya las primeras compradoras con el PAN reciente para el desayuno, y con el de las churrerías, que por aquel entonces solo utilizaban buen aceite de oliva. Muchas veces íbamos en ayunas a comulgar "la iglesia era más exigente en aquellos tiempos" y las sucesivas bocanadas de olores calientes nos despertaban un apetito agudo, urgente, casi intolerable. Sin darnos cuenta del todo, sentimos también que aquella atmósfera grata, habitual, reconocible, profundada, incluye en cierta medida, la del hogar que abandonábamos y nos acogía con benevolencia, incluyéndonos en un mundo amistoso y familiar.

El motor de explosión ha borrado todos aquellos humildes y entrañables aromas de nuestra infancia.

En las ciudades ya sólo se huele a esos gases que la gasolina, el gas-oil o el aceite pesado arrojan tras su combustión. El resultado es una atmósfera que nos recibe con hostilidad al salir de casa, que nos coloca automáticamente en posición de beligerantes contra un mundo enemigo. El aire, el aire mismo, ya nos advierte desde que ponemos el pie en el suelo de la calle que no habrá piedad para nosotros, que se acabaron para siempre las blanduras amistosas, la tolerancia antigua, la cordial actitud. Cada mañana, en nuestras grandes ciudades, cuando cruzamos el portal de casa es como si partiéramos para la guerra, una sorda, sucia e interminable guerra.

Hay que volver a los pueblos para recobrar en parte los viejos olores de nuestra infancia. Concretamente, el maravilloso, cálido, entrañable olor del PAN recién hecho.

En este lugar levantino donde el cronista consume sus vacaciones, da gozo madrugar para acercarse a cierta esquina que nos anuncia desde lejos, con el aroma como embajador, la existencia de un horno. En las calles inmediatas tropezamos con mujeres que vienen o van, las bolsas llenas o vacías, el rápido aliño

indumentario de quien acaba de levantarse y se mueve entre vecinos a los que conoce de toda la vida. Sólo el que ha padecido hambre, sólo el que ha suspirado días y días por este alimento sencillo, el que ha soñado con un trozo de PAN como si fuera un milagro inalcanzable, sólo ese puede comprender del todo lo que representa este tesoro, esta riqueza de cada mañana, este don del cielo, al que no concedemos valor hasta que se nos niega.

Porque este olor de PAN renovado de cada amanecer, es el símbolo y el resumen de muchas cosas importantes; porque este PAN que se compra sin limitación, este PAN que las mujeres eligen del caliente montón de barras que parecen de oro, es una mínima felicidad que hay que defender a cualquier precio.

El cronista que lleva muchos años dando gracias al cielo cada mañana ante el trozo de PAN del desayuno, pediría hoy, desde la paz abundante de este lugar levantino que el viejo y entrañable olor del PAN no se interrumpa jamás, que nadie ni nada apague los hornos donde comienza cada día nuestra posibilidad de entendimiento, nuestra pequeña alegría de vivir.